BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LAS PERSECUCIONES

La herencia de Jesucristo

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34
41003 SEVILLA

Con licencia eclesiástica
ISBN 84-7656-155-5
Depósito Legal: B. 23.862-89
C/. Gallo, n.º 6
08950-ESPLUGUES
(Barcelona)

PRESENTACION

Amigo lector:

Aquí tienes un pequeño libro en el que he intentado poner de manifiesto el cumplimiento de la profecía de Jesucristo: «A Mi me han perseguido y también a vosotros os perseguirán» *(Jn.15,20).*

El mismo Jesucristo fue el primero en sufrir persecución por los que se declararon sus enemigos, pero, como diremos, la sabiduría de Dios que gobierna el mundo, se sirvió del odio de ellos para llevar a cabo la redención del linaje humano.

Las notas características de la Iglesia de Cristo, por las que se distingue de todas las demás, no son sólo las cuatro consabidas: Una, santa, católica y apostólica, sino también la de PERSEGUIDA, según palabras de San Pío X. Esta es la más evidente.

La persecución es para nosotros los católicos el pan nuestro de cada día, y ésta es la señal de que somos verdaderos discípulos de Jesucristo.

A través de todos los siglos iremos viendo que han existido grandes y terribles persecuciones, y la causa de ellas es porque siempre ha habido hombres malvados y perversos que han perseguido a los buenos y la razón principal es porque los perseguidores detestan a Jesucristo y a su nombre.

En este libro podremos comprobar que la Iglesia sigue la suerte de Jesucristo, su Maestro, que

la persecución religiosa ha tenido lugar en todas las partes del mundo, que ha sido grande el valor de los soldados de Cristo en las persecuciones..., y como el martirio de los cristianos ha sido causa de la difusión maravillosa del cristianismo, pudiendo repetir con Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla de cristianos».

Terminaré diciendo con San Agustín: «La Iglesia católica difundida ampliamente por todo el orbe, frustrando los ataques de adversarios en los tiempos antiguos, se ha fortalecido más y más, no resistiendo, sino sufriendo... La Iglesia no será vencida ni destruida, ni sucumbirá a ninguna tentación, mientras duren los siglos; y después de esta vida temporal nos recibirán aquellas moradas eternas hacia las cuales nos conduce el que es nuestra esperanza».

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 1 enero 1989

LAS PERSECUCIONES

Jesucristo y sus seguidores

Hace veinte siglos Jesucristo fundó su Iglesia, y por sus apóstoles hizo propagar en todas partes de la tierra la religión cristiana, pues ellos cumplieron este mandato que les dio: *«Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura...»* (Mc.16,15); *«enseñad a todas las gentes...»* (Mt.28,19).

Jesucristo es Dios y hombre a la vez, y quiso aparecer en este mundo como hombre en medio de los hombres. Su vida fue escrita siglos antes por los profetas. Veamos algunas profecías en el Antiguo Testamento que nos revelan su personalidad.

Isaías predijo ocho siglos antes que nacería de una Virgen (Is.7,14; Mt.1,23) y padecería una pasión ignominiosa, cargaría con nuestros pecados y se vería «cubierto de oprobios, convertido en varón de dolores»...

Miqueas, siete siglos antes, dijo que nacería en Belén (5,1; Mt.2,5-6).

Zacarías predice la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén y los 30 dineros entregados al traidor (9,9; 11,13).

David, en el salmo 22, diez siglos antes, describe la pasión del Mesías, y le presenta oprimido de ultrajes, rodeado de un populacho que le insulta; tan deshecho por los golpes recibidos, que se le

pueden contar los huesos; ve sus manos y sus pies traspasados, sus vestiduras repartidas, su túnica sorteada. (Véase Jn.19,23-24).

También David anunció la resurrección del Mesías, y su profecía se cumplió en Jesucristo (Sal.16,10; Hech.2,31).

Jesucristo anunció varias veces su pasión y su resurrección (Mt.10,32-34); Lc.18,31s). En los Evangelios podemos ver que se cumplieron con exactitud todas las profecías, y en ellos aparecen consignados muchos de sus milagros, y especialmente el de su resurrección con los que demostró que Él era Dios.

Los seguidores de Jesucristo son los cristianos, los que reconocen a Jesús de Nazaret, hijo de la Virgen María, como el Mesías esperado por todos los pueblos, y le adoran como a Hijo de Dios hecho hombre.

A los verdaderos cristianos les tocará seguir la suerte de Jesucristo, pues Él así lo dijo: «*Si me han perseguido a Mí, también os perseguirán a vosotros*» (Jn.13,20).

Jesucristo tuvo enemigos que le persiguieron

Veamos a grandes rasgos la vida de Jesucristo a partir del comienzo de la llamada «su vida pública».

Jesús empezó predicando el desprecio o «no apego» a las riquezas, la guerra a las pasiones y el Reino de Dios en las almas. El pueblo arrastrado por la dulzura y sus milagros le seguía con entu-

siasmo, pero los *jefes de la nación,* cuya incredulidad tuvo que combatir, se declararon enemigos suyos.

Israel esperaba un *Mesías poderoso* para restaurar el trono de David y que pudiera liberarle del poder de los romanos. Esperaba una revolución política y no una transformación religiosa, interpretando en este material las profecías que anunciaban el reino glorioso del Mesías.

En tiempo de Jesús dominaban en Judea dos sectas funestas: la de los *saduceos*, filósofos materialistas, que no pensaban más que en la vida presente, buscando de una manera exclusiva los placeres sensuales, y la de los *fariseos*, hipócritas y perversos, que bajo la *práctica exterior* de la Ley de Moisés, ocultaban un orgullo desmedido y vicios infames. Estos fueron los enemigos más encarnizados de Jesucristo.

Los fariseos, celosos de su populariad, heridos en su orgullo por la superioridad de la doctrina de Jesús, exasperados por la libertad con que condenaba sus errores y descubría su hipocresía, concibieron contra Él tal aversión, que bien pronto se convirtió en odio mortal. Pero la sabiduría de Dios que gobierna el mundo, se sirvió de este odio para llevar a cabo la redención del linaje humano.

La Pasión de Cristo Redentor. Jesucristo había venido a este mundo, no sólo para instruirlo y traerle una religión más perfecta, sino también para redimirnos del pecado. Esta *redención* debía cumplirse mediante el sacrificio de su vida y la efusión de su sangre.

Al final del tercer año de su predicación, Jesús

quiso subir a Jerusalén para celebrar allí la Pascua con sus apóstoles, y quiso, como verdadero Rey de Israel, entrar triunfalmente en la Ciudad Santa. El pueblo, al saber que llegaba Jesús, corrió a su encuentro, llevando palmas y ramos de olivo, alfombrando con ellos el camino que debía recorrer, mientras gritaban llenos de júbilo: *«¡Hosanna al Hijo de David! ¡Gloria al Mesías!»*.

Estas aclamaciones exasperaron a los fariseos, que buscaron la manera de apoderarse de Él, sin soliviantar a las muchedumbres. Aceptaron complacidos el ofrecimiento de Judas Iscariote, que se brindó a entregarlo, mediante el pago de treinta monedas de plata. Esta venta se repite en el transcurso de los siglos contra Cristo y su Iglesia, pues no faltan quienes compran la prensa, compran los votos, y la traición de Judas se repite en el mundo.

Jesús en el Huerto de los Olivos. El Jueves Santo por la noche el Salvador reunió en Jerusalén a sus doce apóstoles para comer el cordero pascual según el ceremonial prescrito por Moisés. Después de la institución de la divina Eucaristía, la gran Pascua de la Nueva Ley, Jesús se encaminó al Huerto de los Olivos. Allí, al considerar los sufrimientos que le esperaban y su inutilidad para muchos, el Salvador se sintió oprimido por una amarga tristeza... A media noche llega Judas capitaneando a los soldados del sanedrín. Jesús pronunció esta única frase: *«YO SOY Jesús de Nazaret»*, y todos caen de espaldas. Con este prodigio quiso mostrar que iba a entregarse libremente a los sufrimientos. Se deja, pues, atar y conducir a Jerusalén, mientras sus discípulos le desamparan.

Jesús en presencia de Caifás. Contra todas las reglas de procedimiento, el gran sacerdote reúne el sanedrín a media noche, para condenar al Salvador. Los jueces no hallan causa de condenación, pero su odio contra Él, les mueve a buscar testigos falsos, pero sus acusaciones carecen de eficacia porque se contradicen. Al fin no hallando más pretexto para condenarle que esta afirmación solemne de Jesús: *«Yo soy el Cristo, el Hijo de Dios»*, Caifás dice que semejante afirmación es una horrenda *blasfemia*; y como de acuerdo con la ley mosaica, la blasfemia era castigada con la muerte, Jesús es condenado y entregado, entretanto, a la brutalidad de los lacayos y soldados que le azotan, escupen y se burlan de Él.

Jesús ante Pilato. El Viernes Santo, a eso de las siete de la mañana, Jesús es conducido al tribunal de Pilato, gobernador romano, para que ratifique y ejecute la sentencia de muerte; mas él no halla culpa alguna en Jesús, y lo remite a Herodes, quien le pide haga ante él algún milagro, pero Él permanece en silencio ante aquel príncipe impúdico, y termina remitiéndolo a Pilato de nuevo. Este desea salvar a Jesús, y como en la pascua solía el pueblo soltar un preso, equipara a este asesino, llamado Barrabás, con Jesús, y entonces creyendo que así salvaría a Jesús, dice al pueblo: «¿A quién queréis que os suelte, a Jesús, llamado Cristo, o a Barrabás?».

El pueblo, seducido por los fariseos, pide la muerte de Jesús y la libertad de Barrabás... Los detalles de la pasión de Jesucristo pueden verse en

los Evangelios, y diremos solamente que el suplicio de los azotes era reservado para los esclavos y era horriblemente cruel. El condenado, completamente desnudo, era atado a una columna baja, de modo que presentara la espalda encorvada a los golpes terribles de los verdugos... Los ramales de cuero terminaban en corchete para desgarrar las carnes, o en bolas de plomo para magullar las llagas. Cada golpe arrancaba jirones de carne, y la sangre corría de todas las partes del cuerpo...

La paciencia divina de Jesús asombra a los verdugos y excita su rabia; y de la planta de los pies hasta la coronilla no hay en Él un punto sano, pudiéndole contar todos los huesos, como predijo el profeta David...

Los judíos gritaron entonces: *«¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»*. El gobernador pronunció la sentencia y condena a Jesús a muerte de cruz.

Dos años más tarde, dice la tradición, este juez inicuo, acusado por los judíos, fue desterrado a Poitiers, en las Galias, donde desesperado se suicidó.

La imprecación del pueblo judío, por otra parte, se cumplió; la maldición de Dios cayó sobre él y sobre su raza, que se halla dispersa aún por todo el mundo, llevando en su frente el estigma de Caín. (Ahora Dios lo va juntando en torno a Jerusalén... ¿Llegará pronto su conversión? Sobre el futuro de Israel puede verse en mi libro: «Israel y las profecías»).

Resurrección de Jesucristo. Hemos descrito a

grandes rasgos los sufrimientos de Cristo para que nosotros, sus seguidores, no nos desanimemos al tocarnos imitarle en el camino del dolor; pero tengamos presente que Él resucitó después, y nosotros también resucitaremos. Al tercer día de su muerte, salió lleno de gloria de la tumba, la tierra tembló, y un ángel puso sobre el sepulcro vacío de Cristo este epitafio: RESUCITO, NO ESTA AQUI. Cristo resucitó para nunca más morir.

(Como la Vida de Nuestro Señor Jesucristo la conocemos particularmente por los Evangelios, leámoslos con frecuencia para que no se tenga que decir: «Se llaman cristianos y no conocen a Cristo»).

La Iglesia seguirá la suerte de su Fundador

Estaba profetizado que Cristo sería *«blanco de contradicciones»* (Lc.2,34), y así se cumplió en su vida pública. Unos decían: *«Es hombre de bien»*, otros: *«No, sino que trae embaucado al pueblo»* (Jn.7,12)... Y la historia continúa hoy. Unos se verán obligados a decir como Pilato: *«Yo no hallo causa de culpabilidad en Él»*; otros, por el contrario, acentuarán el tono de persecución: *«Crucifícale, crucifícale»*...

La Iglesia, congregación de fieles cristianos, como cuerpo místico de Cristo, seguirá la misma suerte que su divino fundador.

Él dijo a sus apóstoles y seguidores: *«Vendréis a ser odiados de todos a causa de mi nombre»* (Mt.10,22). Los Herodes y Caifás y tantos otros de todos los tiempos continuarán esta trayectoria de

persecución. Hoy será el marxismo o comunismo ateo, sus dirigentes, los que en ésta o aquella región, como hombres que se apoyan en el error y la mentira, serán los que no cesarán de levantar calumnias e infamias contra la Iglesia de Cristo y harán sufrir a sus miembros, ya encarcelando, ya dándoles muerte...; pero esto no debe escandalizarnos porque *«el discípulo no va a ser más que el Maestro»* (Mt.10,24s).

«Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborreció a Mí, dice Jesucristo. *Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como a cosa suya; pero como no sois del mundo, el mundo os aborrece»* (Jn.15,18-19).

Jesucristo también nos advierte: *«Os he dicho estas cosas para que no os escandalicéis»* (Jn.16,1). Esta mi doctrina no debe, pues, causar escándalo a ninguno. Sufrirán los buenos por ser buenos, por ser seguidores de la Verdad, y sufrirán persecuciones de los que no son buenos y viven en medio de ellos, y es que el mal y el error tienen odio a Cristo que es el Bien y la Verdad. Las tinieblas, que son los pecadores, odian a los buenos, hijos de la luz.

La quinta nota de la Iglesia

En una audiencia dada a un colegio romano preguntó el Papa San Pío X a un seminarista: «¿Cuántas notas tiene la Iglesia verdadera de Cristo?». Y le contestó: «Cuatro, Padre Santo. Es *una, santa, católica y apostólica»*.

«¿No tiene más que estas cuatro?». «Romana», añadió el seminarista. «Justo; pero ¿cuál es la nota más evidente?». Todos callaron. Pues bien, voy a decíroslo: PERSEGUIDA. Se lee en el Evangelio: «Me persiguieron a Mí y os perseguirán también a vosotros». La persecución es para nosotros los católicos el pan nuestro de cada día; esta es la señal de que somos verdaderos discípulos de Jesucristo.

La Iglesia es «perseguida». Ciertamente ésta es la quinta nota de la Iglesia de Cristo, pues si recorremos las páginas de la historia, veremos que los sufrimientos y las persecuciones son la herencia que nos dejó, y por lo mismo ya previno a sus apóstoles al decirles: *«Mirad que Yo os envío como ovejas en medio de lobos... os delatarán a los tribunales y os azotarán... Y por mi causa seréis conducidos ante los gobernadores y reyes, para dar testimonio ante ellos y los gentiles»* (Mt.10,16-18). *Entonces os entregarán a los tormentos y os matarán y seréis aborrecidos de todos los pueblos a causa de mi nombre»* (Mt.24,9).

«En el mundo habéis de tener tribulación; pero confiad: Yo he vencido al mundo» (Jn.16,23).

Cuando Nuestro Señor dijo a Pedro en Cesarea de Filipo que era necesario ir a Jerusalén para ser crucificado, Pedro se le opuso –como muchos de los cristianos de nuestros días– ante la repugnancia que esta humillación le inspiraba, pues él creía que la gloria había de alcanzarse sin sufrimiento.

Pedro no había comprendido que Jesús había venido a salvarnos por el camino de la cruz y que por muchas tribulaciones teníamos que entrar en

el reino de Dios, y que la misma entrada de Cristo en su gloria fue conforme a las profecías: *«¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria,* según vaticinaron los profetas?» (Lc.22,25-26).

San Cipriano nos advierte: «Si hemos de sufrir el odio del mundo, Cristo lo sufrió antes que nosotros. Si hemos de sufrir la humillación, el destierro y los suplicios que nos impone el mundo, el Creador y Señor del mundo hubo de sufrir cosas todavía más duras» (Ep.58,6).

La persecución, esta «quinta nota»c de la Iglesia católica es un misterio. Es un hecho evidente que la historia de la Iglesia es historia de persecuciones y de luchas.

Los justos serán perseguidos

San Pablo escribiendo a su discípulo Timoteo le dice: *«Todos los que quieren vivir santamente en Jesucristo sufrirán persecución»* (2 Tim.3,1).

Y el mismo apóstol dice: *«Somos hijos de la promesa, a la manera de Isaac, mas así como entonces el nacido según la carne perseguía al nacido según el espíritu, así sucede también ahora»* (Gál.4,28-29).

No hay duda que todos los que quieren vivir conforme a la doctrina de Jesucristo, serán perseguidos por envidia y malicia. Serán perseguidos por el demonio..., por el mundo corrompido... Se les llenará de injurias, de burlas, de afrentas, de desprecios, siempre por envidia, ceguedad, injus-

ticia y crueldad. Serán perseguidos en odio a la verdad, de los buenos ejemplos, del Evangelio, de la religión del orden, de la sana doctrina, de la moral, del cielo y del culto divino... Serán perseguidos por sí mismos, por la concupiscencia, por el hombre viejo, que enfrentan, que encadenan, a pesar suyo, y que someten al espíritu...

No es cosa nueva que las almas piadosas sean perseguidas; esto se verifica desde el principio del mundo. Así Caín persiguió al piadoso Abel, su hermano, y le mató. Los hijos de los hombres persiguieron a los hijos de Dios.

Abraham fue perseguido por los cananeos, Lot por los sodomitas, Isaac por Ismael, Job por Esaú, José por sus hermanos, Moisés por Faraón, los hebreos primero por los egipcios, y más tarde por los filisteos y otras naciones.

Saúl persiguió a David; Absalón persiguió a su padre David; Manasés persiguió a Isaías; los judíos persiguieron a Jeremías, a Amós, a Ezequiel y a los demás profetas; Nabucodonosor persigue a Daniel y a los demás jóvenes hebreos; Herodes persigue a los santos Inocentes y hace decapitar a San Juan Bautista; Jesucristo es perseguido hasta su muerte...

Los apóstoles son perseguidos de mil maneras, y se les sentencia a muerte por ser discípulos de Jesucristo... ¿Cuántos millares de mártires?... Todos los santos han sido más o menos perseguidos... La Iglesia ha sido perseguida en una región o en otra, y esto en todos los tiempos... (C. A. Lápide).

San León Magno dice: Aparece Cristo, Cabeza de la Iglesia, y comienza la persecución con Hero-

des que busca al Niño-Dios para matarle... y con persecución terminó los días que dispuso para su vida.

Acaba de nacer la Iglesia y ya se la persigue después del primer Pentecostés: a Pedro y Juan (Hech.4); el prendimiento de los apóstoles (Hech.5,18); la muerte de San Esteban (que muere apedreado) (Hech. 7); degollación de Santiago el Menor (Hech.12,1 ss), siendo entonces Pedro salvado milagrosamente...

Siguen las persecuciones cruentas en todos los siglos. En los tres primeros hubo contra los cristianos diez persecuciones generales en toda la extensión del imperio romano, que venía a ser entonces todo el mundo conocido.

Estas persecuciones que empezarón con Nerón el año 64 (bajo la cual fueron martirizados los apóstoles Pedro y Pablo) culminaron en Diocleciano y Juliano el apóstata. La última persecución, ordenada por el mismo Diocleciano, fue tan violenta, que este emperador creyo haber borrado el nombre de cristiano de la faz de la tierra, como lo prueba el hecho de haber mandado acuñar una medalla con esta inscripción: *Nomine christianorum deleto.*

Por amor a Cristo varios millones de personas (algunos historiadores hacen elevar el número a once millones) de todos los estados y edades: niños, jóvenes, ancianos, ricos y pobres, hombres y mujeres, soportaron pacientemente cárceles y penas de muerte, impuestas en odio a la religión cristiana.

Juliano el Apóstata en el siglo IV (años

361-363) fue el primero que promovió una persecución «incruenta», una guerra «fría» contra los discípulos del crucificado; quiso aniquilarlos moral y culturalmente. En cuanto subió al poder, excluyó a los cristianos de todos los empleos del Estado, les quitó la posibilidad de acudir a los tribunales, pues todos los pleiteantes tenían que ofrecer un sacrificio a los dioses; les prohibió tener escuelas, les quitó sus iglesias transformándolas en templos de ídolos; apoyó el arrianismo para introducir discordia entre los cristianos.

El gran obispo San Atanasio, durante los años de esta persecución decretada por Juliano el Apóstata, pronunció con calma esta frase: «Es una nubecilla que pasará»... y ciertamente pasó e irán pasando al olvido todos los perseguidores, pero la Iglesia permanecerá siempre en pie. Jesucristo lo ha dicho: *«Yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos»* (Mt.28,20).

En cualquier Historia de la Iglesia podrían verse las persecuciones de todos los siglos, y hasta nuestro siglo XX en Rusia, Méjico, Cuba, Polonia, España, Hungría, Yugoslavia, etc. Veamos ahora algo de las persecuciones habidas en nuestra patria.

La persecución religiosa en España

Podría ir citando muchos ejemplos que nos revelan las persecuciones sufridas en nuestra patria, pero sólo voy a citar el testimonio de San Eulogio que nos describe el cuadro de Córdoba, durante el

dominio musulmán, y el del episcopado español que puede verse en una carta colectiva que dirigieron a los obispos del mundo entero sobre lo ocurrido en nuestra guerra civil española en 1936, juntamente con unas palabras del Papa Pío XI, tomadas de su Encíclica «Divini Redemptoris».

San Eulogio, obispo de Córdoba (780-859) escribe: «En cuanto a nosotros aunque indignos, también participamos de la gracia celestial del sufrimiento: las cárceles están llenas de clérigos; la Iglesia se ha quedado sin ministros; han cesado los himnos divinos; la araña teje su tela en los temploss, silenciosos y vacíos; el canto no hace oír sus cantares; ha cesado la voz del salmista en el coro; el lector ya no lee en el púlpito la palabra de Dios, ni el diácono predica el Evangelio, ni el sacerdote desparrama el incienso en torno a los altares»... y esto ha sucedido y está sucediendo donde ha penetrado el marxismo ateo.

Carta colectiva del episcopado español. Es una realidad histórica que en 1936 comenzó en España una persecución religiosa y descaradamente abierta, promovida por el odio a Dios y a cuanto tuviera relación con la Iglesia católica. Este es un hecho tal que no puede ponerse en duda.

De dicha carta sólo copio lo siguiente: «Hacemos historia sin hacer interpretaciones de carácter psicológico o social. La hecatombe producida en personas y cosas por la revolución comunista fue «premeditada». Poco antes de la revuelta habían llegado de Rusia 79 agitadores especializados.

La Comisión Nacional de Unificación Marxis-

ta, por los mismos días, ordenaba la constitución de las milicias revolucionarias en todos los pueblos. La destrucción de las iglesias o a lo menos de su ajuar, fue sistemática y por series. En el breve espacio de un mes se habían inutilizado todos los templos para el culto...

Para la eliminación de personas destacadas que se consideraban enemigas de la revolución se había formado previamente las «listas negras». En algunas y en primer lugar, figuraba el obispo. De los sacerdotes, decía un jefe comunista, ante la actitud del pueblo que quería salvar a su párroco: «Tenemos orden de quitar toda su semilla».

«Prueba elocuentísima de que la destrucción de templos y la matanza de los sacerdotes, en forma totalitaria, fue cosa premeditada, es su número espantoso. Aunque son prematuras las cifras, contamos unas 20.000 iglesias y capillas destruidas o totalmente saqueadas. Los sacerdotes asesinados, contando un promedio del 40 por 100 en las diócesis devastadas (en algunas llegan al 80 por 100) sumarán, sólo del clero secular, unos 6.000. Se les cazó como perros, se les persiguió a través de los montes; fueron buscados con afán en todo escondrijo. Se les mató sin juicio las más de las veces, sobre la marcha, sin más razón que su oficio social.

Fue «cruelísima» la revolución. Las formas de asesinato revistieron caracteres de barbarie horrenda. En su número se calculan en número superior a 300.000 los seglares que han sucumbido asesinados, sólo por sus ideas políticas y especialmente religiosas; en Madrid y en los tres primeros meses, fueron asesinados más de 22.000...

Por lo que hace a los vejámenes: A muchos se les han amputado los miembros o se les ha mutilado espantosamente antes de matarlos; se les han vaciado los ojos, cortado la lengua, abierto en canal, quemado o enterrado vivo, matado a hachazos.

La crueldad máxima se ha ejercido con los ministros de Dios. Por respeto y caridad no queremos puntualizar más. La revolución fue «inhumana». No se ha respetado el pudor de la mujer, ni aún la consagrada a Dios por sus votos. Se han profanado las tumbas y cementerios...». Esta revolución fue también bárbara, antiespañola y anticristiana.

Y terminan su carta diciendo: «Consentidnos una declaración última: Dios sabe que amamos en las entrañas de Cristo y perdonamos de todo corazón a cuantos, sin saber lo que hacían, han inferido daño gravísimo a la Iglesia y a la patria...

Rogad para que en nuestro país se extingan los odios, se acerquen las almas y volvamos a ser todos unos en el vínculo de la caridad. Acordaos de nuestros obispos asesinados, de tantos millares de sacerdotes, religiosos y seglares que sucumbieron sólo porque fueron milicias escogidas de Cristo, y pedid al Señor que dé fecundidad a su sangre redentora» (1-7-1937).

Palabras de Pío XI tomadas de su Encíclica «Divini Redemptoris» (a.1037) «En nuestra queridísima España, el azote comunista... no se ha contentado con derribar alguna que otra iglesia, algún que otro convento, sino que, cuando le fue posi-

ble, destruyó todas las iglesias, todos los conventos y hasta toda huella de religión cristiana, por más ligada que estuviera a los más insignes monumentos del arte y de la ciencia.

El furor comunista no se ha limitado a matar obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y religiosas, buscando de modo especial a aquellos y aquellas que precisamente trabajan con mayor celo con pobres y obreros, sino que ha hecho un número mucho mayor de víctimas entre los seglares de toda clase y condición, que diariamente, puede decirse, son asesinados en masa por el mero hecho de ser buenos cristianos o tan sólo contrarios al ateísmo comunista. Y una destrucción tan espantosa la lleva a cabo con un odio, una barbarie y una ferocidad que no se hubiera creído posible en nuestro siglo».

A estas palabras de Pío XI podíamos añadir otras más de los Papas Pío XII y Juan XXIII (pueden verse en mi libro «Florilegio de mártires». España 1936-1939).

Iglesia perseguida. Persecución por la fe

Voy a transcribir por su importancia las palabras que Juan Pablo II pronunció en Lourdes, sobre los que sufren persecución «por causa de Cristo» (14-8-83):

«Hay una urgencia espiritual particularmente llamativa sobre la que vamos a concentrar ahora nuestra atención y nuestra plegaria, es la *de los*

que sufren por la fe. Nosotros aquí, podemos expresar sin ningún impedimento nuestra fe y nuestra plegaria. Procuremos, pues, no olvidar aquellos hermanos y hermanas. Sobre todo en este santuario de Lourdes, en el cual los cristianos del mundo entero tienen puesta su mirada desde que la Virgen María hizo brillar en él la esperanza.

Como Papa, portador de la solicitud de todas las Iglesias, y continuamente informado de sus situaciones, os invito a meditar conmigo en este misterio de la persecución de los creyentes recordando, con María, las palabras de Jesús.

«Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros» (Mt.5,11-12)...

En diversas ocasiones Cristo habló a sus discípulos de persecuciones. El no les ocultó que la *persecución* se convertiría con frecuencia en el precio del testimonio (Lc.21,13) que ellos darían ante los hombres.

Evoquemos en esta hora algunas palabras del Maestro que contienen el auténtico Evangelio de la persecución:

«Estad alerta: os entregarán a sanedrines, y en las sinagogas seréis azotados, y compareceréis ante los gobernadores y los reyes por amor de mí para dar testimonio ante ellos... El que persevere hasta el fin, éste será salvo» (Mc.13,9 y 12). Y además: *«No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed*

más bien a aquél que puede perder el alma» (Mt.10,28).

«No es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieron a Mí, también a vosotros os perseguirán... Todas estas cosas las harán con vosotros por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado» (Jn.15,8-21).

Así, pues, Cristo ha preparado a sus discípulos para las persecuciones. Y de este hecho se persuadieron ellos mismos cuando comenzaron a cumplir la misión que les había sido confiada. Ya en *Jerusalén*, los apóstoles y los que habían profesado a Cristo sufrieron persecuciones.

Los tres primeros siglos de la existencia del cristianismo en el Imperio Romano constituyeron el período de las persecuciones, la primera de las cuales explotó *en Roma* en tiempos de Nerón, por los años 60. Entre las numerosas víctimas de esta persecución se cuentan los apóstoles Pedro y Pablo. Hasta el comienzo del siglo IV las persecuciones sangrientas se repitieron regularmente. *La Iglesia nació en la cruz de Cristo y ha crecido en medio de las grandes persecuciones.*

Las persecuciones por la fe

Estas persecuciones (sigue diciendo el Papa) son hoy muchas veces semejantes a las que el martirologio de la Iglesia ha registrado ya durante los siglos pasados. Ellas asumen formas diversas de discriminación de los creyentes y de toda la comu-

nidad de la Iglesia. Estas formas de *discriminación* muchas veces se aplica al mismo tiempo que se reconoce el derecho a la libertad religiosa, a la libertad de conciencia, y esto tanto en la legislación de los diversos Estados, como en los documentos de carácter internacional.

¿Es necesario precisar?

Durante las persecuciones de los primeros siglos, las penas habituales eran la muerte, la deportación y el exilio.

Hoy, a la prisión, a los campos de concentración o de trabajos forzados, a la expulsión de la propia patria, se han unido otras penas menos llamativas pero más sutiles: no es ya la muerte *sangrienta*, sino una especie de muerte *civil*; no sólo la segregación en una prisión o en un campo, sino la restricción permanente de la libertad personal o la discriminación social.

Hoy hay centenares y centenares de miles de testigos de la fe, muy frecuentemente desconocidos y olvidados por la opinión pública, cuya atención está absorbida por otros hechos; frecuentemente sólo Dios los conoce. Ellos soportan privaciones diarias, en las más diversas regiones de cada uno de los continentes.

–Se trata de creyentes obligados a reunirse clandestinamente porque su comunidad religiosa no está ya autorizada.

–Se trata de obispos, de sacerdotes, de religiosos a los que les está prohibido ejercer el santo ministerio en sus iglesias, o en sus reuniones públicas.

–Se trata de religiosas dispersas, que no pueden llevar adelante plenamente su vida consagrada.

–Se trata de jóvenes generosos, a los que se impide entrar en un seminario o en un lugar de formación religiosa para realizar allí su propia vocación.

–Se trata de chicas a las que no se ofrece ya la posibilidad de consagrarse en una vida común dedicada a la plegaria y a la caridad con los hermanos.

–Se trata de hombres y mujeres, trabajadores manuales, intelectuales o que ejercen otras profesiones, los cuales, por el simple hecho de profesar su fe, afrontan el riesgo de verse privados de un porvenir brillante para sus carreras o estudios.

Estos testimonios se unen a las situaciones graves y dolorosas de los prisioneros, de los internados, de los exiliados, no solamente entre los fieles católicos y los otros cristianos, sino también entre los otros creyentes *(Redemptor hominis,* 17). Ellos constituyen como una alabanza que se eleva continuamente hacia Dios desde el santuario de sus conciencias, como una ofrenda espiritual ciertamente agradable a Dios.

Esto no debe hacernos olvidar otras dificultades que existen para vivir la fe. Son las que no provienen ya solamente de restricciones exteriores de la libertad, de las coacciones de los hombres, de las leyes de los regímenes.

Se trata de dificultades que pueden derivar también de actitudes y de corrientes de pensamiento contrarias a las orientaciones evangélicas y que ejercen una fuerte influencia en todos los miembros de la sociedad; se trata también de un clima de materialismo o de indeferentismo religio-

so que sofoca las aspiraciones espirituales, o de una concepción engañosa e individualista de la libertad que confunde la posibilidad de escoger incluso lo que halaga las pasiones con la necesidad de realizar lo mejor posible la propia vocación humana, el destino espiritual y el bien común.

No es ésta la libertad en la que se basa la dignidad humana y que favorece la fe cristiana (*Redemptor hominis,* 12). Los creyentes que se hallan inmersos en un ambiente así, tienen necesidad de una gran valentía para permanecer lúcidos y fieles en orden a usar bien su libertad. Es necesario también orar por ellos. Temed, dice Jesús, a los que puedan hacer perder el alma (Mt.10,28)...

Recemos por todos aquellos que, en cualquier lugar y de cualquier forma, son perseguidos por causa de su fe»...

Persecuciones en todos los siglos

Las persecuciones cruentas e incruentas se han renovado contra los cristianos de una u otra manera hasta el siglo actual. Hagamos sólo un breve recuento, citando algunos ejemplos desde el primer siglo de la Iglesia:

En el imperio romano desde Nerón (64) hasta el edicto de Milán o de tolerancia (313); en el reinado de los godos (siglos IV-VI); en Persia (de mediados del siglo IV hasta mediados del V); en Arabia del Sur, durante el reinado de *Dunaan* (siglo VI); entre los musulmanes (desde mediados del siglo VII); entre los husitas de Bohemia (siglo XV); en

Inglaterra, Escocia, Irlanda (desde el siglo XVI); en el Japón (desde el siglo XVI; en China (desde el siglo XVIII); en Anam y Conchinchina (siglos XVIII y XIX); en Rusia, Cuba, Hungría, España... (siglo XX)...

Necesitaríamos un libro grande para describir con detalle cada una de estas persecuciones. En algunas como en la de España ¡y en el siglo XX! se han cometido grandes barbaries... Durante el gobierno de *Calles* en *Méjico* sufrieron martirio 160 sacerdotes y muchos más hombres y mujeres seglares. A algunos se les arrancó la lengua, se les atravesó con hierro el dedo grueso del pie y la punta de los dedos, o se les rompieron los huesos trozo a trozo... En esta persecución murió fusilado el Padre Pro, s.i., recientemente beatificado por Juan Pablo II, al que al irlo a fusilar, le quisieron vendar los ojos, y él dijo: No me vendan los ojos, yo no soy un criminal, cuando yo diga: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! pueden disparar, y así murió este sacerdote. La causa de su martirio no fue otra que porque lo sorprendieron llevando la comunión a enfermos y celebrar la santa Misa.

En otras muchas naciones, en nuestro siglo, como en Albania, Lituania, Yugoslavia, Vietnam, Camboya, Etiopía, etc., se han dado también martirios y veaderas persecuciones religiosas, prohibiendo la enseñanza de la Religión, encarcelamiento de sacerdotes que fueron sorprendidos al darla...

Morir por su religión cuando, renunciando a ella, se podría evitar la muerte, ése es el verdadero

carácter del martirio. A los cristianos se les proponía renunciar a su religión o morir. Si apostataban, se les prometía recompensas y honores... Ellos prefirieron los tormentos y la muerte...

¿Quién no ve que «siempre han perseguido los malos a los buenos?... Hasta el fin del mundo habrá quienes nos injurien» (San Agustín). «La persecución ha sido siempre la suerte de los cristianos» (Orígenes), y por eso no deben extrañarnos las persecuciones y las guerras suscitadas contra los que practican la religión de Cristo.

Dios permite las persecuciones por altos fines. «La persecución de los gentiles y herejes es el bieldo en manos del Señor» (S. J. Crisóstomo). Los buenos sufrirán persecución... y si entre ellos hay escoria saldrán más purificados.

Triunfo de la Iglesia a través de las persecuciones

Es cierto que la Iglesia tiene como herencia la de su Fundador, o sea, la persecución; pero también tiene su triunfo, el temporal y eterno...

Los golpes de los martillos, que son los herejes, se van haciendo añicos al dar contra la Iglesia, que es el yunque contra el que se dirigen; pero ésta permanece en pie...

Los apóstoles cumpliendo el mandato de Cristo de *«id por todo el mundo, predicad el Evangelio...»*, se fueron dispersando por diversas regiones y fundaron iglesias por todas partes...

San Pablo, veinticuatro años después de la muerte de Cristo, pudo escribir a los romanos:

«Vuestra fe es anunciada al mundo entero» (Rom.1,8).

San Justino, menos de cien años después de la muerte de Jesucristo, puede decir en su «Diálogo con Trifón»: «No hay nación, civilizada o bárbara, en la que no se haya ofrecido, en nombre de *Jesús crucificado*, oraciones al Padre y Creador de todas las cosas».

Los escritores paganos de la época hacen notar su asombro: el historiador *Tácito* nos dice que, bajo el reinado de Nerón, causó estupefacción el descubrir en Roma *un número tan crecido* de cristianos, y *Séneca*, preceptor de este príncipe, añade: «El cristianismo se ha fortalecido de tal manera, que se ha difundido por todos los países: los vencidos han dictado la ley a los vencedores».

Los suplicios de los mártires fueron causa de la multiplicación maravillosa de los cristianos. Tenemos como testigo a *Tertuliano*, que increpa en esta forma a los gobernadores: «Sometednos a la tortura, atormentadnos, condenadnos, aplastadnos... Nuestro número aumenta siempre que nos segáis; la sangre de los cristianos es semilla que ofrece más cristianos... Vuestra crueldad refinadísima no consigue otra cosa que aumentar nuestro número»...

También son conocidas de todos las altivas palabras del mismo Tertuliano, consignadas en su Apología, a los magistrados romanos: «Somos de ayer, y ya lo llenamos todo: vuestras ciudades, vuestras islas, vuestros castillos, vuestras aldeas, vuestros campos, vuestras tribus, vuestras decurias, el palacio, el senado, el foro; sólo os dejamos vues-

tros templos... Si nos separámos de vosotros, os asustaríais de vuestra soledad».

El triunfo de la religión de Jesucristo fue tal, que, al cabo de tres siglos, el paganismo había caído, y Constantino, el primer emperador cristiano, colocaba la cruz sobre el Capitolio.

Lo dicho nos demuestra que el cristianismo no es obra de los hombres, sino de Dios.

La Iglesia sigue viviendo en España, Francia, Estados Unidos, Rusia, Yugoslavia, Cuba, Vietnam, Camboya, etc.; pero de diversa manera. En unas naciones, abiertamente; en otras está representada por unos millares de católicos perseguidos y ocultos, que no pueden exteriorizar su fe, y están cada día con el temor de ser encarcelados y expuestos a la muerte; pero no serán exterminados jamás de la tierra, porque lo ha dicho el divino Fundador de la Iglesia, y su palabra es inmutable: *«Las puertas del infierno* –o sea, el error, la herejía, la persecución–, *no prevalecerán contra ella...».*

«Hasta el fin del mundo, entre las persecuciones de la tierra y entre los consuelos de Dios irá peregrinando la Iglesia», y como nos dice el Concilio con palabras de San Agustín: «La Iglesia no será vencida, ni destruida, ni sucumbirá a ninguna tentación, mientras duren los siglos; y después de esta vida temporal nos recibirán aquellas moradas eternas hacia las cuales nos conduce el que es nuestra esperanza... La Iglesia católica, difundida ampliamente por todo el orbe, frustrando los ataques de los adversarios en los tiempos antiguos, se ha fortalecido más y más, no resistiendo, sino sufriendo».

La fuerza del cristianismo es grande, y, aunque parezca una paradoja, esta fuerza está en su debilidad, porque *«lo débil del mundo lo eligió Dios para confundir a los fuertes»* (1 Cor.1,27(.

Tengamos presente que el triunfo es de Cristo y con Él triunfaremos, porque Él nos lo ha prometido al decirnos: *«Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo»* (Mt.28,20). La Iglesia de Cristo continúa viviendo, y los que van sucumbiendo son sus perseguidores.

¿Por qué ha habido siempre persecuciones?

Las causas por las cuales ha habido siempre persecuciones son éstas:

–Porque siempre ha habido malvados en el mundo y hombres perversos para perseguir a los buenos...

–Porque los perseguidores detestan a Jesucristo y su nombre, y ésta es la razón porque persiguen...

–Porque el servidor debe seguir la suerte de su dueño, y porque hay malos que persiguen, unos por ignorancia, otros por odio a Dios y a la virtud...

–Porque los buenos son, por otra parte, hijos de la promesa, y las persecuciones experimentan, purifican y santifican..., y dan a conocer a los buenos y a los malos, separan los unos de los otros, como se separa la paja del trigo, y como el fuego separa el oro de la tierra...

Las persecuciones reaniman la fe, hacen héroes... Las tempestades purifican el mar, y arrojan

de su seno las inmundicias extrañas que mancharían las aguas. Lo mismo sucede en la religión; las persecuciones arrojan de su seno a los miembros hipócritas, gangrenados y podridos, que la manchan en tiempo de calma; y las mismas persecuciones hacen entrar a los hijos fieles en el reino de los cielos...

San Agustín pregunta: ¿Cómo los malos son útiles a los buenos? Lo son, dice, no con miramientos, sino con persecuciones. Las persecuciones son para los mártires y para la Iglesia lo que la lima y el martillo para el hierro, lo que la vara para el trigo, lo que el horno para el pan, lo que el fuego para el oro...

Los sufrimientos de los mártires ilustran a la Iglesia y son su más hermosa victoria...

Los malvados dicen:*«Pongamos emboscadas al justo, que nos fastidia y se opone a nuestro modo de obrar, pues nos echa en cara las infracciones de la Ley y nos reprocha las faltas de nuestras doctrinas»*. Así es como la Sagrada Escritura expresa el lenguaje de los perseguidores impíos. *«El justo se vanagloria en tener la ciencia de Dios, y hasta odiosa nos es su vista; porque sus actos son diferentes de los actos de los otros, y su proceder no es el nuestro. Nos mira como mentirosos, y se abstiene de seguir por nuestro camino; como si así se manchare. Probémosle con ultrajes y tormentos, y condenémosle a la muerte más infame»* (Sab.2,12-20).

Con San Gregorio Magno hemos de reconocer que «el Señor no envía sus elegidos para las alegrías del mundo, sino para los sufrimientos y las

persecuciones, como Él mismo ha sido enviado. El Hijo es infinitamente amado del Padre, y sin embargo, su Padre le envía para sufrir persecuciones.

De la misma manera el Hijo de Dios ama a sus discípulos; y sin embargo los envía al mundo para ser perseguidos. «*Como mi Padre me ha enviado, así también os envío*»; es decir, cuando os envío entre los escándalos de los perseguidores, os amo con aquella caridad perfecta con que me ama mi Padre cuando me envía a sufrir la pasión y la muerte en la cruz».

Ceguedad y perversidad de los perseguidores

Leemos en el Génesis que José contó un sueño inocente a sus hermanos, y ellos juran matarle. Jesucristo resucita a Lázaro, y sus enemigos declaran que es preciso condenarle a muerte; porque dicen: *este hombre hace muchos milagros, y si lo dejamos así, todos se van en pos de Él,* y lo consideran digno de muerte. También quisieron matar a Lázaro resucitado, sólo porque Jesucristo le ha devuelto la vida. ¡Oh ciega crueldad! exclama San Agustín.

En todos los siglos, los malos siguen el mismo sistema. Persiguen a la Iglesia y a sus ministros, destruyen sus altares y sus cruces en su odio ciego y frenético. La iglesia, el altar, las cruces y los ministros de la religión les colma de bondades, de gracias y de beneficios. ¡Es preciso aniquilarlos! ¡Es un yugo, dicen, es una esclavitud, y es menester romperlo; es un peso y hay que arrojarlo. Tal es la

libertad de los malos, la libertad de obrar mal, de perseguir, de atormentar, de quemar, de destruir todo y de establecer el cáos...

Hablando San Pablo en Jerusalén en nombre del Señor, instruía a los gentiles y disputaba con los griegos. Y *estos trataban de matarle* (Hech.9,29).

Jesucristo da la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, la salud a los enfermos y la vida a los muertos; multiplica los panes, calma las tempestades y todos sus pasos van señalados con el deseo de hacerles nuevos beneficios.

Y ¿qué hacen los judíos? Estos conspiran contra su vida, le entregan a Pilato. Pero les dice aquel juez: *«¿Qué mal ha hecho? Nada criminal encuentro en este hombre. Me lo habéis presentado como culpable e interrogándole delante de vosotros, no he encontrado crimen alguno de los que le acusáis.* Por toda razón aquellos desgraciados gritaron: *¡Crucifícale! ¡Crucifícale!*

Pero dice la Sagrada Escritura, *mientras los impíos creían poder dominar la nación santa, quedaron presos de las tinieblas y encandenados por una larga noche, sufriendo, encerrados bajo sus techos, aquellos esclavos de la Providencia que querían escapar* (Sab.17,2).

Ahí está Dios para vengar a su Iglesia y a sus santos (*Tesoros*. C. A. Lápide).

Valor de los seguidores de Cristo en las persecuciones

San Cipriano, desterrado en Africa, habla en una de sus cartas sobre la Iglesia del silencio en el siglo II a los confesores de la fe, condenados al trabajo de las minas y les anima a disponerse para el martirio. Él empieza a presentir el suyo propio y entrevé, tras el sufrimiento presente, la gloria futura, y entre otras cosas dice:

«El soldado de Jesucristo instruido por los preceptos de su Rey y por sus advertencias, es intrépido para el combate y en el combate, y se dispone a recibir la corona. Los soldados de Jesucristo saben morir, pero no saben ser vencidos; y son invencibles por lo mismo que no temen la muerte».

Yo no puedo callar, dice el santo, y ahogar mi voz con el silencio pues quiero robustecer y dar brío a los hermanos... «habiendo ya una parte de vosotros consumado su martirio,... y permaneciendo aún la otra en las mazmorras de la cárcel...». Habéis sido ya bastante castigados y afligidos... «Han puesto también grillos a vuestros pies y han ligado con lazos infames vuestros miembros, templos de Dios, como si cuando se ata el cuerpo se sujetara también el espíritu o vuestro oro se manchara con el contacto del hierro. Adornos son estos más bien que prisiones...

¡Oh pies felizmente atados, que se dirigen al paraíso por camino saludable! ¡Oh pies ligados al presente en el siglo para que estén siempre libres en presencia del Señor! ¡Oh pies que han de ser sujetados con grilletes y cepos por poco tiempo.

pero que han de correr después aceleradamente a Cristo por un camino glorioso!

Oprímaos aquí cuanto quiera con sus prisiones y cadenas la crueldad y malicia de vuestros enemigos; tanto más pronto llegareís al reino de los cielos y quedaréis libres de esta tierra y de estas penas...

Lo que agrada a Dios, dice también San Cipriano, es el sacrificio del ofrecimiento propio. «Ni perjudicará nada a vuestra fe y religión, carísimos hermanos, que en las prisiones no se conceda a los sacerdotes facultad para ofrecer y celebrar los sacrificios divinos.

Celebráis y ofrecéis a Dios otro sacrificio de gran precio y glorioso a la vez, y que os ha de aprovechar mucho para retribución de los premios celestiales, puesto que dice la Escritura divina: *«El sacrificio grato a Dios es un corazón contrito. Tú ¡oh Dios! no desdeñas un corazón contrito y humillado»* (Sal.51,19).

Este sacrificio lo estáis ofreciendo vosotros a Dios, lo celebráis sin intermisión día y noche, habiendoos hecho hostias gratas a Él y presentándoos como víctimas santas e inmaculadas, según aconseja y dice el apóstol (Rom. 12,1-2).

En Dios logramos la victoria... «Estáis aguardando gozosos cada día la hora feliz de vuestra partida, y, dispuestos a abandonar cuanto antes el siglo, os apresuráis a alcanzar los premios de los mártires y las moradas divinas, para ver, después de las tinieblas de este mundo, la luz candidísima, y recibir la claridad, superior a todos los padecimientos y combates, como asegura y dice el após-

tol: *«Los sufrimientos del tiempo presente no son nada en comparación de la gloria que ha de manifestarse en nosotros»* (Rom.8,18).

Valor de otros santos en las persecuciones

Oigamos ahora las palabras de San Juan Crisóstomo. «Rodeado, dice, de perseguidores, amenazado y condenado a un destierro, me encuentro en medio de las aguas amenazadoras; pero no temo quedar sumergido, porque estoy firme sobre una sólida piedra: que esté o no furioso el mar, no puede derribar la piedra».

«No temo el destierro; el mundo es una causa para todos los hombres. Arrojado de la ciudad, no me inquietaba por nada, y decía para mí: Si la reina Eudoxia quiere desterrarme, que me destierre; la tierra es de Dios, así como todo lo que contiene. Si quiere serrarme, ande por la sierra; el mismo suplicio sufrió Isaías. Si quiere ahogarme, me acordaré de Jonás. Si quiere apedrearme, que me apedree; tengo por compañero al primer mártir, Esteban. Si quiere mi cabeza, que me la quite; tengo por asociado a Juan Bautista. Y si quiere quitarme los pocos bienes que tengo, que los quite; desnudo salí del seno de mi madre, y desnudo volveré al seno de la tierra».

San Tiburcio mártir decía triunfante al juez Torcuato: «Aplicad los agudos hierros, colgad a los cristianos; condenad, herid; extendedlos sobre parrillas candentes; reunid juntos todos los suplicios.

Si nos amenazáis con el destierro, el mundo entero no es otra cosa; si nos enviáis a la muerte, salimos de la cárcel del mundo; si nos entregáis a las llamas, nos escapamos de los fuegos de las codicias, que son mucho más terribles. Mandad cuanto queráis: toda pena es nada para nosotros, cuando nos acompaña una conciencia pura».

La mártir Santa Agata dijo ante el tribunal que la condenaba: «No quiero ni deseo la vida ni la salud de mi cuerpo, ni nada fuera de Jesucristo. No pienses, oh Quintiano, que puedas abatirme con tus amenazas, tu crueldad y tus tormentos. Has de saber como deseo y estoy sedienta de tus tormentos, a fin de que con ellos pueda abrazar a mi Jesús y estar unida con Él para siempre.

Si quieres matarme con la espada, aquí tienes mi cuello; si quieres azotarme, aquí estoy, pega; si quieres arrojarme al fuego, aquí está todo mi cuerpo; aquí tienes mis manos, mis pies, mis miembros; todo te lo ofrezco. Atormenta, desgarra como quieras; quema, corta, atraviesa, disloca, ata, crucifica, mata: cuanto más cruel seas conmigo, más beneficios me harás, y más consuelos y gloria recibiré de mi dulce Esposo. ¿Qué tardas? ¿Qué esperas? Toda dilación es larga para un alma devorada por la sed de ir al cielo».

El anterior Padre de la Iglesia, San Juan Crisóstomo también dijo: «Los confesores combaten, los mártires triunfan, y siempre los ejércitos cristianos armados por Dios, quedan victoriosos del demonio... En esos combates, las virtudes salen vencedoras y quedan coronadas...».

En los Hechos de los Apóstoles leemos que el

consejo de los judíos, después de haber hecho azotar a los apóstoles, les prohibió que en manera alguna hablasen en nombre de Jesús, *«y salieron del consejo llenos de alegría por haber sido juzgados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús* (Hech.5,40-41).

Omito el testimonio tan elocuente de San Ignacio de Antioquía, que anhelaba el martirio y ser triturado como pan de Cristo por las fieras en el anfiteatro y a este fin pidió a los romanos no interpusieran sus recomendaciones porque deseaba morir por Cristo.

«Muchos, dice Tertuliano, sorprendidos por nuestra valerosa constancia, han buscado la causa de paciencia tan maravillosa, y al conocerla se han venido con nosotros».

Los mártires con una ayuda especial de Dios y la esperanza del cielo soportaron alegremente los tormentos a que fueron sometidos.

El bautismo de sangre

Sobre este bautismo habló bastante San Cipriano y fueron muchos los mártires que fueron bautizados con él. Antes diré que las palabras «testigo» y «mártir» responden a una misma palabra griega. Mártir, etimológicamente, significa «testigo», y los primeros mártires murieron como testigos de los hechos (milagros y resurrección de Cristo) que fundaban su fe. Mártir es todo aquel que confiesa a Cristo, el que muere por no querer renegar de Él...

San Cipriano hablando del bautismo de sangre dice: «Nosotros, que por la misericordia de Dios hemos administrado el primer bautismo a los creyentes, preparémoslos también para este otro, indicándoles y enseñándoles que este bautismo es mayor en gracia, más sublime en la dignidad y más precioso en el honor; que éste es un bautismo en que bautizan los ángeles, un bautismo de que se alegran Dios y su Cristo, un bautismo después del cual ya no peca nadie; un bautismo que consume y perfecciona nuestra fe, un bautismo que nos une con Dios luego que salimos de este mundo.

En el bautismo de agua recibimos el perdón de los pecados; en el de la sangre, la corona de las virtudes. Es de desear y debemos pedir en nuestras oraciones con insistencia que los que somos siervos de Dios seamos también sus amigos».

Ventajas de las persecuciones

Jesucristo nos dice: *«Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan, y cuando digan falsamente toda clase de mal contra vosotros por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa»* (Mt.5,10-12).

La persecución es una de las ocho bienaventuranzas proclamadas por Jesucristo...

Dichosos los que padecen persecución por la justicia, pues los perseguidos como ladrones, adúlteros, asesinos, incendiarios, conspiradores y auto-

res de otros crímenes, no son dichosos. La persecución que sufren es un castigo justo; y por otra parte semejante persecución no reconoce por causa a Jesucristo, la virtud, la religión...

Dichosos los que sufren persecución por la justicia, porque esta persecución nos aleja del mundo y nos une a Dios; la sufrimos por Él; nos hace semejantes a Jesucristo, que sufrió; nos purifica de nuestros pecados; nos honra, nos cierra el infierno y nos abre el cielo.

El apóstol San Pedro nos advierte que *«es una gracia grande el que por consideración a Dios soporte uno las ofensas, padeciendo injustamente»* (1 P.2,19), pues *«si sufrís por causa de la justicia sois felices* (1 P.3,14). *Alegraos de participar de los sufrimientos de Cristo, para que podáis alegraros también, llenos de gozo, en la manifestación de su gloria. Dichosos vosotros si sois ultrajados por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros»* (1 Ped.4,13-14).

El Espíritu Santo nos revela que *«las almas de los justos están en manos de Dios, y el tormento no los alcanzará. A los ojos de los necios parecen haber muerto, y su partida es reputada por desdicha. Su salida de nosotros, como si fuera un aniquilamiento; pero están en paz. Pues aunque a los ojos de los hombres fueran atormentados, su esperanza está llena de inmortalidad. Después de un ligero castigo serán colmados de beneficios, porque Dios los probó y los halló dignos de sí. Como el oro en el crisol los probó, y le fueron aceptos como sacrificio de holocausto»* (Sab.3).

Oigamos a San Juan Crisóstomo: «En vuestro nombre combate, dice, el Señor se une a vosotros, el Señor combate por vosotros, y sobre vosotros recae el honor de la victoria. Vuestra lucha es la lucha de Dios, vuestra batalla es la batalla de Jesucristo. ¿Por qué temeríais? ¿por qué habríais de estar asustados? ¿Habéis de salir victoriosos con vuestras propias fuerzas? Tomad las armas, marchad a la guerra contra el enemigo, y combatid con bravura a fin de que el que es invencible os asista».

En tiempo del combate, cuando la persecución arrecia, nuestra principal arma es la oración.

«Hemos de sufrir, dice San Agustín, todo lo que un mundo insensato y ciego quiere hacernos sufrir; la pérdida de los bienes, el destierro, las cadenas, los tormentos, las llamas, las fieras, las cruces y todo género de muerte. Dios se encarga de recompensarnos».

¿Cómo triunfar de todas las persecuciones?

Se triunfa de todas las persecuciones y de todos los tormentos con la paciencia y con la muerte. Los perseguidores hacen padecer, pero purifican... y labran la salvación y la gloria de los inocentes perseguidos: por ellos se desnhonran y se pierden. Su poder no se extiende más que sobre el cuerpo, sobre la vida actual; el alma y la eternidad están infinitamente por encima de ellos. *«No temáis,* dice Jesucristo, *a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed antes bien al que*

puede arrojar el alma y el cuerpo al fuego eterno» (Mt.10,28). (Véase mi libro: *«La paciencia. Virtud de las almas grandes»*.

También dice San Juan Crisóstomo: «Es preciso vencer; y no se puede vencer sin combate, ni triunfar sin guerra. Considerad el pacto que os compromete; no olvidéis las condiciones a que habéis consentido; reconocer la milicia en que os habéis alistado».

Además es preciso considerar la brevedad de las persecuciones y la duración de la corona y de la gloria (C. A. Lápide).

Orad y enmendaos

Esta es la recomendación que nos da San Cipriano. La paz será atraída por la enmienda y la oración. «Oremos insistentemente, nos dice, y gimamos con continuadas plegarias. Pues habéis de saber, hermanos carísimos, que también a mí se me ha reprochado no hace mucho, en una visión, que dormitamos en nuestras oraciones y que no rogamos con la atención debida...

El Señor mismo, maestro en esta disciplina y modelo nuestro, oró con frecuencia y diligentemente... A la verdad, lo que Él oraba, lo hacía por nosotros, puesto que Él no era pecador, sino que cargaba con nuestros pecados. Y hasta tal extremo rogaba por nosotros, que según leemos en otro lugar, dijo a Pedro: *«Simón, Simón, Satanás os busca para zarandearos como el trigo, pero Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe»* (Lc.22,31-32).

Si, pues, por nosotros y por nuestros delitos trabaja Él, y vigila, y ruega, ¿cuánto más debemos insistir en las plegarias y orar y pedir ante todo al mismo Señor y después satisfacer a Dios por su mediación? Tenemos como abogado e intercesor del perdón de nuestras culpas a Jesucristo, Señor y Dios nuestro, con tal de arrepentirnos de ellas y de que, confesándolas y reconociéndolas, prometamos en adelante andar por los caminos del Señor y acatar sus preceptos. El Padre nos corrige y nos ampara si permanecemos inconmovibles en la fe y adheridos firmemente a su Cristo, aunque nos rodean tribulaciones y angustias. «*¿Quién nos arrebatará el amor de Cristo? ¿Quién nos separará de Él? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?*» (Rom.8,35).

Esta persecución es un examen de nuestro corazón. Dios ha querido que fuéramos zarandeados y probados, como probó siempre a los suyos; nunca, sin embargo, en sus pruebas faltó el socorro a los creyentes. En fin, Él, sólo por su bondad para conmigo, a mí, su más insignificante siervo, abrumado de delitos, e indigno de sus favores, se ha dignado confiar este encargo para vosotros: «Diles, dijo, que estén seguros, pues la paz ha de llegar. La demora obedece a que aún quedan por probar algunos».

También me amonesta la gracia divina respecto a la sobriedad en el comer y en el beber, para que los delitos del siglo no enerven el corazón»...

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia Explicada (Para mejor entenderla)
La Biblia Ilustrada Compendiada
La Biblia más Bella
La Biblia a tu alcance
Curso Bíblico práctico
Catecismo de la Biblia
Historia Sagrada o de la Salvación
Nuevo Testamento Explicado, con 4 índices: general, alfabético, teológico y errores de las sectas. (Es completo, con versión del original)
Tesoro Bíblico, Teológico
Evangelios y Hechos Ilustrados
Jesús de Nazaret
Dios te Habla (libro bíblico)
El Catecismo Ilustrado
El Catecismo más Bello (Primera Comunión)
El Catecismo Conciliar, en 10 tomitos
Tesoro del Catequista: Astete explicado
El Matrimonio (Preparación y cómo vivirlo)
Bautismo y Confirmación
Catequesis Bíblicas
¿Existe Dios?
¿Existe el Infierno?
¿Existe el Cielo?
¿Quién es Jesucristo?
¿Quién es el Espíritu Santo?
¿Por qué no te confiesas?

¿Por qué no vivir siempre alegres?
¿Seré Sacerdote?
Para ser Santo
Para ser Sabio
Para ser Feliz
Para ser Apóstol
Para ser Católico Práctico
La Buena Noticia
La Caridad Cristiana
La Bondad de Dios
La Santa Misa explicada
La Virgen María a la luz de la Biblia
La Penitencia, qúe valor tiene
La Formación del Corazón
La Formación del Carácter
La Reforma de una Parroquia
La Matanza de los Inocentes (aborto y divorcio)
La Senda Desconocida (La virginidad)
La Cruz y las cruces de la vida
La Religión Verdadera y las diversas sectas
La Edad de la Juventud
Los Diez Mandamientos ¿qué valor tienen hoy?
Los Grande Interrogantes de la Religión
Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia
Los Testigos de Jehová
Los Males del Mundo
Los Ultimos Tiempos
El más Allá
El Diablo anda suelto
El Valor de la Oración
El Valor de la fe cristiana
El Padrenuestro, la mejor Oración
El Pueblo pide Sacerdotes Santos

El Dios Desconocido
El Camino de la Juventud
El Niño y su educación
El Mundo y sus peligros
El Sagrado Corazón de Jesús
Diccionario de Espiritualidad
Historia de la Iglesia
Vida de San José
Pedro, Primer Papa
Flor de un Convento
Florilegio de Mártires
Somos Peregrinos. Estamos aquí de paso
Vamos de Camino
Tu Camino (Vocacional)
Misiones Populares
De Pecadores a Santos
Pecador, Dios te espera
Joven, Levántate
Tu Conversión; no la difieras
Siembra el bien
Lágrimas de oro, o el problema del dolor
No pierdas la juventud
Siguiendo la Misa
Visitas al Santísimo (para cada día del mes)
Hablemos con Dios (Visitas al Santísimo)
Dios vive entre nosotros (Eucarístico)
Las Almas Santas
Errores Modernos (comunismo, socialismo marxista)
Marxismo o Cristianismo
Doctrina Protestante y Católica
Salmos y cánticos comentados conforme el Breviario
La esperanza en la otra vida
La Eucaristía. ¿Para qué oír la Misa?

La educación sexual. ¿Qué decir de la masturbación?
Sepamos perdonar
Vive en gracia
Valor de la limosna